

EL DESORDEN DE TU VOZ

MARÍA
MENÉNDEZ-PONTE



AMARANTA

Amaranta levantó la vista del libro y se dio cuenta de que el paisaje había cambiado radicalmente. Como por arte de magia habían desaparecido las llanuras pajizas, la tierra cuarteada por el sol, las cunetas sedientas, el adobe reseco... y había surgido una campiña de un verde tan lujurioso que emborrachaba sus sentidos como un potente licor de menta.

Cada vez que salían de un túnel, el mundo le parecía nuevo, recién estrenado.

Los campos palpitantes.

El sol rojo de la tarde a punto de reventar, como una inmensa granada madura.

Pequeños senderos misteriosos que a saber adónde llevarían.

Casas de piedra perdidas en medio de la nada que daban la impresión de estar deshabitadas desde tiempo inmemorial.

Manzanos indolentes vencidos por el peso de la fruta.

Umbríos bosques de pinos que le iban ganando la batalla al sol...

Un sentimiento de euforia se mecía en su interior al compás del traqueteo del tren.

Acababa de terminar el bachillerato y la EBAU con una media de sobresaliente, y un verano de promesas latentes se

abría ante ella como ese cielo teñido de rosa que auguraba un crepúsculo esplendoroso.

Iba a pasar un mes en La Coruña en casa de su amiga Sol. Una suerte de gemela univitelina que, al igual que ella, estaba fascinada por el poder de las palabras. Esa fascinación las había llevado a elegir Filología Hispánica y Periodismo.

Porque sin palabras el mundo se desvanece, es irrelevante, inconsistente, innumerable, pobre, banal...

Porque una palabra es capaz de cambiar tu estado de ánimo o hacer que tomes una decisión equivocada.

Una sola palabra es capaz de provocarte una herida de muerte.

Las palabras nos permiten expresar nuestros sentimientos más íntimos, nuestros miedos, nuestras dudas, nuestras emociones, nuestras contradicciones...

Las palabras configuran nuestra personalidad.

El mundo está hecho de historias, y las historias, de palabras.

Desde que era muy pequeña, Amaranta se había sentido atraída por ellas. Le parecía que estas tejían la vida con una especie de hilo invisible que formaba una trama oculta que ella debía investigar. Leyendo descubría su verdadera esencia, se sentía comprendida y conseguía entender a los demás. Porque ahí penetraba en el interior de las personas, algo muy difícil de lograr en las redes sociales, por donde todos sus compañeros se movían como peces en el agua. Un mundo trivial, aparente y, por lo general, nada interesante.

Por eso se quedó muy sorprendida cuando ese último curso, que fue a hacer en Madrid, se encontró con Sol,

una gemela con la que había estado años compartiendo los mismos pensamientos sin saberlo.

Las dos se habían perdido en bosques de palabras.

Las dos eran capaces de sentir la transparencia de las voces que permanecen en el aire.

Las dos trataban de vislumbrar el hilo oculto de los poemas con los que daban rienda suelta a sus emociones.

Les había tocado en la misma habitación de la residencia a la que habían ido a parar casualmente y, además, estudiaban en el mismo centro, en la misma clase.

Todavía recordaba la cara de pánico que habían puesto las dos al conocerse. Era la primera vez que salían de sus casas, del cálido entorno familiar, y tenían que compartir cuarto con una extraña.

Sin embargo, conectaron desde el primer momento.

Ambas debían sus nombres a personajes literarios: ella, Amaranta, a *Cien años de soledad*, la novela de García Márquez que era el libro de cabecera de su madre, y Sol, a las hijas de Rodrigo Díaz de Vivar en el *Cantar de mio Cid* (su hermana se llamaba Elvira). Al cabo de una hora, era como si se conociesen de toda la vida. Y durante todo el curso habían forjado una amistad indestructible que había salido reforzada una noche en la que Amaranta tuvo que consolar a una Sol destrozada porque se había enterado por su hermana de que su novio le había puesto los cuernos. Entonces habían hecho un juramento que, fuera de ese contexto resultaba casi ridículo, infantil: «Júrame que, pase lo que pase, no dejarás nunca de ser mi amiga». Y lo habían sellado con las manos entrelazadas.

El ritmo del tren comenzó a ralentizarse y de vez en cuando sonaba como el resuello de una tortuga vieja tras una larga caminata.

Sin apenas darse cuenta, Amaranta tomó conciencia de que estaban entrando en la estación.

El corazón le dio un vuelco. Por un lado, sentía la alegría de volver a ver a su amiga, pero también cierto nerviosismo por el encuentro con su familia y sus amigos.

¿Cómo la recibirían? Ella era una persona tímida pero sociable. Le gustaba conocer a gente nueva y, en cuanto cogía confianza, se sentía cómoda.

En todo caso, aquello le parecía una aventura. Era la primera vez que viajaba sola, sin sus padres. Ellos habían aprovechado la ocasión para hacer el viaje de su vida, a la India. En estos momentos estaban volando hacia allí.

Amaranta cerró el libro de golpe, lo metió en la mochila y se precipitó hacia la puerta junto a la cual había dejado su maleta.

Nada más asomarse al exterior, notó un vaho de humedad espesa y una notable bajada de temperatura en comparación con el seco calor castellano que hacía en Ávila, donde había cogido el tren.

Amaranta bajó la escalerilla y comenzó a arrastrar su maleta por el andén junto a la marea humana que formaba el resto de los pasajeros mientras trataba de divisar a su amiga entre la gente que esperaba a sus familiares y amigos más allá de la barrera. Al principio, simples bultos sin trazos definidos que iban adquiriendo sus peculiares rasgos conforme iban acercándose.

Pero Sol no se encontraba entre ellos.

¿Por qué no habría llegado a tiempo?

Amaranta no pudo evitar un asomo de decepción.

Algo aturdida, vio cómo aquellas personas se fundían en abrazos y se iban hacia la salida, mientras que su amiga seguía sin aparecer.

Amaranta sacó el teléfono de la mochila y marcó su número. Pero, después de varios tonos, saltó el contestador automático. Seguramente estaría yendo apurada hacia allí y no lo habría oído, le habría surgido algún contratiempo. Así que le mandó un wasap en el que le decía que el tren ya había llegado y la estaba esperando en la estación.

Pasados diez minutos, comenzó a intranquilizarse. ¿Le habría ocurrido algo?

Durante el viaje le había ido enviando mensajes que no había leído. Pero entonces no le dio importancia. Pensó que estaría con sus amigos, o con Roi, su novio, con el que finalmente había vuelto porque no había habido tales cuernos, solo una falsa impresión por parte de su hermana. En cambio, ahora se le pasaban toda clase de pensamientos atroces por la cabeza mientras seguía esperando.

¿Habría tenido un accidente?

Se sentía como una maleta abandonada a la que nadie echa de menos, con las lágrimas a punto de aflorar.

A la media hora, con la angustia aferrada a la boca del estómago, decidió coger un taxi y presentarse en su casa.

¿Qué diablos le pasaba a su amiga?

¿Por qué no había ido a buscarla?

No podía haberse confundido de día...

PERPLEJIDAD

El taxi olía a tabaco y cuero viejo.

La ciudad se movía entre sueños perdidos y barcos piratas, mientras la luz se difuminaba suavemente en un ocaso melancólico de color lavanda.

Los graznidos de las gaviotas se confundían con las risas de los niños que jugaban aún en los jardines y las plazas. Y las calles bullían de gente que les pertenecía. Se notaba por la seguridad con que caminaban por ellas. Al contrario que ella, que contemplaba aquellos rincones como un escenario, con la sensación de estar usurpando un mundo que no le correspondía.

Desde muy pequeña le desconcertaban los cambios bruscos, la hacían sentirse frágil. Necesitaba aferrarse a lo conocido, ello le daba seguridad. Con tan solo tres años había tenido esta conversación con su abuelo: «¿Quién ha pintado los chopos de amarillo, abu?». «Es el otoño, Amara». «¿Y cómo puede pintar tantos árboles a la vez...?».

Las calles serpenteaban en infinitos laberintos.

Salieron a una avenida que bordeaba el puerto.

A su izquierda las ventanas de los pisos más altos parpadeaban bajo los últimos destellos del atardecer.

A su derecha una bandada de estorninos voló hasta

refugiarse en uno de los árboles de un jardín al que el taxista le dio un nombre.

—Estos son los jardines de Méndez Núñez —se los señaló.

Una frase de *Cien años de soledad* se coló de inmediato en su cabeza: «El mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo».

¡Cuánto le había impactado esa frase!

Así de nueva y desconcertante era la realidad que contemplaba en ese momento desde el taxi.

Le faltaban palabras para expresar lo que sentía.

—Es bonita la ciudad, ¿eh? —añadió el taxista mientras observaba el rostro de su pasajera a través del retrovisor. Y, sin esperar su respuesta, exclamó—: ¡La Coruña, ciudad en la que nadie es forastero!

Parecía haber adivinado la amalgama de emociones que se agolpaban en su interior: seducción, inquietud, temor por la ausencia de su amiga...

—Sí, es muy bonita —musitó.

—Y ya verás el mar, no hay otro como este. Pronto lo vas a comprobar.

Efectivamente, Amaranta se quedó deslumbrada al descubrir una inmensa extensión de mar en dos tonos: esmeralda y turquesa.

Boquiabierta, contempló las olas encabritadas que se estrellaban con fuerza contra los acantilados y los dejaban chorreantes de espuma blanca.

Enseguida surgió una playa de arena dorada donde los surfistas surcaban unas olas enormes que parecían a punto de engullirlos bajo sus crestas.

—Esta es la playa del Orzán y, a continuación, está la de Riazor, que también da nombre al estadio donde juega el Dépor. El pobre ha vivido momentos mejores —comentó con pena.

Aquel mar se desvaneció al adentrarse el taxi en unas calles más lúgubres. O al menos ese fue el efecto que le produjo al dejar atrás la luminosidad del paseo marítimo.

A Amaranta le extrañó que se alejara de allí, ya que Sol le había dicho que vivían en un chalet desde donde se veía el mar y le había mostrado incluso una foto. Era una casa muy bonita pintada de color siena. Seguramente se encontraría en otra parte desde donde también se vería el mar...

Sin embargo, el taxista se detuvo en una de esas calles interiores donde no había más que edificios de pisos y declaró satisfecho:

—¡Ya hemos llegado!

Amaranta se quedó perpleja, muda, sin capacidad de reacción.

—¿Pasa algo? —preguntó el taxista al ver su desconcierto.

—Creo que... se ha equivocado —farfulló, confundida.

—¿Y no me *diera* esta dirección? —se extrañó él señalando el rótulo de la calle—. El número veinticuatro de Alcalde Pérez Cepeda. Es aquí.

En otra ocasión a Amaranta le habría hecho gracia el modo verbal utilizado por el taxista, pero la aterradora confusión que sentía en ese instante hizo que ese intrascendente detalle se perdiera dentro de la situación kafkiana que estaba teniendo que digerir: primero Sol no había aparecido en la estación y ahora la casa en la que supuestamente vivía su amiga no coincidía con la dirección que tenía.

¿Qué clase de pesadilla era esa?

Amaranta tuvo un instante de indecisión antes de bajarse del taxi.

Por un momento estuvo tentada de decirle al taxista que regresara a la estación para coger de nuevo otro tren que la devolviese a su ciudad, pero un segundo pensamiento la hizo desistir. ¿Y si había entendido mal lo de la casa? ¿Y si el chalet pertenecía a sus abuelos?... Además, en las fechas en las que estaban, no le sería fácil encontrar un billete sin haber hecho reserva...

–Mira, compruébalo tú misma –insistió el taxista al ver su desconcierto.

Amaranta leyó el nombre de la calle y comprobó que, efectivamente, coincidía con la dirección que tenía, así que le pagó y esperó a que aquel hombre servicial y con ganas de agradar le entregase la maleta.

Sin embargo, una vez que hubo desaparecido, experimentó un sentimiento de orfandad al darse cuenta de que le faltaba el piso en el que supuestamente vivía su amiga.

Volvió a consultar el móvil por centésima vez y comprobó que Sol continuaba sin leer los mensajes cada vez más desesperados que le había enviado. Esto ya no era normal.

Tan bloqueada estaba que se quedó un rato junto al portal esperando a que entrara o saliera alguien para poder preguntarle cuál era el piso en el que vivía su amiga.

Hasta que, después de un rato sin que apareciese nadie, se le ocurrió que podía entrar a consultar los apellidos escritos en los buzones.

Entonces se dio cuenta. Empezaba a tener frío. Un frío que se le colaba por los intersticios de los huesos como una culebra viscosa que no auguraba nada bueno.

Mientras examinaba los rótulos, con la mente obturada, le asaltó una nueva idea aterradora: ¿y si Sol le había dado mal la dirección aposta?

Pero rápidamente la descartó. Su alma gemela nunca habría hecho tal cosa. Era un pensamiento absurdo. Se estaba dejando llevar por una circunstancia fastidiosa que seguramente tendría una explicación racional y coherente.

Amaranta volvió a comenzar la búsqueda del piso leyendo a toda velocidad las etiquetas de los buzones mientras recitaba por dentro el apellido de su amiga.

Eiroa, Eiroa, Eiroa...

No figuraba en ninguna casilla.

La voz de don Abilio se infiltró por algún resquicio de su memoria: «¿Por qué no lees despacio el enunciado del problema...?».

Sí, siempre que tenía miedo de que algo no le saliera, su mente se atoraba.

Amaranta volvió a intentarlo, esta vez leyendo detenidamente, sin agobios, sin prisas.

¡Por fin! ¡Ahí estaba el apellido de su amiga!

¡Eiroa! En el cuarto A.

Una sensación de alivio sustituyó a la congoja que la asfixiaba desde hacía rato como un veneno paralizante, y su cabecita, que era como un pajarillo que se acabara de caer del nido mientras su madre iba a por comida, pudo al fin levantar el vuelo.

¿Por qué Sol le iba a haber dado mal la dirección cuando era ella la que la había invitado a pasar un mes en su casa?

Eso estaba fuera de toda lógica.

Pero el miedo planeaba con las alas extendidas.

La personita diminuta en la que se había convertido durante ese espacio de tiempo agarró de nuevo la maleta, abrió la puerta del ascensor y entró con decisión impostada en él.

El ascensor, un tanto claustrofóbico y de una lentitud exasperante, daba la impresión de no poder subir más allá del primero y de que, si lo conseguía, le llevaría su tiempo.

Al llegar al cuarto, dio un pequeño salto y se paró.

Una vez en el rellano, Amaranta se fijó en las letras de las puertas y se dirigió a la que tenía la letra A sobre el dintel.

Contó hasta tres para darle tiempo al mundo a que recobrara su posición de partida y las cosas volviesen a ponerse en su sitio.

Luego pulsó el timbre y respiró hondo deseando con toda su alma que alguien abriera esa puerta y reconociese a la invitada que había ido a alojarse allí durante un mes.